

ARTURO TORRES RIOSECO

N I N F A S

L A S N I N F A S ya se fueron,
se alejaron, llorando,
por la larga avenida
de laureles, cuando el cisne
se desangraba en el asfalto
duro de la ciudad;
los alambres fingían una selva
de raíces, estambres, y serpientes,
redes tentaculares enredadas,
en chimeneas, silos, edificios
mientras iban las ninfas,
viudas de la belleza,
hacia verdes praderas protegidas.

Sólo tú te quedaste
como dorada torre
en medio de tranvías, de camiones,
de máquinas de incendio,
puro cristal luciente
entre hierro, cemento y alquitrán.

Quiero ir contigo
al bosque misterioso,
a la pradera limpia de las ninfas,
donde tu cabellera se confunda
con las ramas heladas de la acacia,
donde tus ojos brillen
azules en el fondo de las aguas,

donde tus manos vuelen
mariposas desnudas en el aire.
Aquí estamos muriendo en las ciudades,
convertidos en números, metidos
en nichos, en casillas,
hablando con las voces de las radios
y en alambres y tubos vespertinos,
comiendo zanahorias congeladas,
devorando sintéticos jamones,
y durmiendo en eléctricas frazadas,
el sueño vegetal de los espárragos.
¿Cómo te haré el amor?
¿en un tablero de ajedrez?
¿o en el lecho violado y profanado
de un viejo manicomio
donde las enfermeras se desvisten
para jugar al bridge en el otoño?
Tú, flor del tiempo detenido, sufres
la morada invasión de las hormigas,
la prisión acerada del lenguaje,
y eres como una rosa que creciera
alejada de todo en una cripta.
Te mueves con la gracia de un felino
que trata de salvar un precipicio
en la elástica fuerza de una rama;
quieres permanecer y florecer,
pero no hay aire ni belleza y huyes,
huyes como una ninfa perseguida,
como una corza en pólvora ceñida.
Yo recojo el pudor de tu carrera,
en el coral que embelleció tu planta,
y en una acacia en oración descubro
el oro de tu virgen cabellera,
y yo estrecho el consuelo de tus manos
en el ala lustral de la paloma
y en el ritmo del agua repetida
tu voz me entrega su dulzura intacta.
Pero son sueños, pájaros de sueño
picoteando la sombra,
en un errátil vuelo.

hacia constelaciones desprendidas,
sueños que buscan forma
en el hueco pequeño
de una oreja o de un ojo,
o en la promesa de algún paraíso
que tiembla en el reflejo de una hoja.

Porque la soledad nos acorrala,
y nos hace llorar contra las piedras
y saborear la leche de las lenguas,
antes de descender a las tinieblas,
donde se integran formas y sustancias,
donde la abeja es tigre,
y el ruiñeñor deslíe
en un montón de mugre prestigiada
la emplumada mentira,
la materia fecal tornasolada,
y los senos perfectos
en gargantas de sapo transformados.

Pero tú eres la cúpula en la iglesia,
el adjetivo de la frase hueca,
la espuma de la ola enardecida,
todo lo que *es* sin una razón pura,
como es la rosa ardiendo en el verano,
o en ceniza de nieve confundida.

Y por eso las ninfas convertidas
en gajos de laurel y en agua verde
ciegas a mi dolor, sordas al llanto,
y a tu sin forma, mas visible, angustia
te dejaron pasar sin detenerte
como el cálido viento en los trigales
y el vuelo de la garza a gran altura.

Quédate pues, y quédeme yo mismo
en esta superficie pisoteada,
en el tablero de ajedrez liviano,
en el mundo cuadrado, en el redondo
condominio del aire y de la noche,
en este clima espeso, escatológico,
de nuestra Arcadia de confusas lenguas,
donde la voz de Dios está presente
en la televisión y en los alambres.